

Ponencia: **Persona compasiva**

Ponente: **Peter McVerry, S.J**

Conferencia para el SIPEI: **la persona compasiva**

Resumen

El compromiso de formar alumnos que tengan compasión hacia los pobres y marginados puede tener consecuencias enormes para nuestro trabajo educacional. El compromiso de formar alumnos que sean más que compasivos –alumnos que tengan una pasión para la construcción de un mundo más justo, comprometidos con la solidaridad con los pobres– puede tener consecuencias radicales para nuestro trabajo educacional.

En esta ponencia, quiero analizar:

- ¿Qué queremos decir cuando hablamos de «persona compasiva»?
- ¿Cómo podemos educar a nuestros alumnos para que sean personas compasivas?
- ¿Cuáles son las implicaciones para nuestras estructuras educacionales?

Mi contexto

Toda la vida he trabajado con los sin techo. Me han cambiado total y radicalmente; me han hecho cuestionar mis valores, me han revelado algunos de mis prejuicios, han cambiado mi percepción de Dios, y han cambiado mi relación con Él. Mi compromiso con los marginados surgió cuando me fui a trabajar y a vivir al *Inner*

City de Dublín el 1974, en la que era entonces la comunidad más deprimida de toda Irlanda.

No soy educacionista, ni tampoco teólogo (¡como verán en los próximos minutos!), pero analizo el sistema educacional jesuita, el que he conocido en Irlanda, a partir de mi trabajo con los sin techo. Ingresé a un internado Jesuita elitista en 1956, con 12 años, y, a pesar de recibir una educación excelente en todo lo relacionado con los estudios, el deporte y las actividades culturales, nunca me hablaron de la justicia social. Hoy, las escuelas Jesuitas de Irlanda, que siguen siendo sobre todo para gente de clase media y alta, incluyen un fuerte componente de justicia social. Los alumnos participan en diferentes actividades en las que trabajan con gente en los márgenes de la sociedad, recaudan fondos para buenas causas y asisten a charlas con representantes de diferentes entidades benéficas. Hay un sistema de becas que permite que unos pocos alumnos pobres reciban una educación jesuita. La incorporación de unidades o experiencias relacionadas con la justicia social y el sistema de becas se desarrollaron después del discurso que dio Pedro Arrupe a Exalumnos de Escuelas Jesuitas en Valencia, “Men and Women for Others” [Hombres y mujeres para los demás] —durante el cual muchos de los asistentes abandonaron la sala— y, evidentemente, la CG 32 (Congregación General 32), que definió la misión de nuestra Compañía como el servicio de la fe, dentro del cual la promoción de la justicia es una necesidad absoluta. Todo eso provocó una profunda reflexión en todos nuestros ministerios jesuitas de Irlanda, pero llegó a cuestionar la misma esencia de nuestro ministerio educacional. Se pidió a cada ministerio que se justificara frente al provincial según la misión de la Compañía tal y como estaba descrita en la CG 32. Como el de la educación era en Irlanda el ministerio más grande, tenía potencial para dividir la provincia: hubo quien se resistió al sistema de becas y a cualquier cambio en nuestra manera de educar a los jóvenes. Otros, como yo mismo, queríamos que se cerraran las escuelas elitistas y que se dedicara sus conocimientos y compromiso a los más pobres de la sociedad. Afortunadamente, la provincia no se dividió, y hoy hay una gran dedicación, tanto

entre Jesuitas como entre profesores, a las innovaciones que se introdujeron entonces.

En general, los irlandeses son muy compasivos, como se ve por el dinero que donan cuando hay crisis como la guerra de Siria, tsunamis o terremotos en diferentes partes del mundo. En la clasificación internacional de donaciones por persona, Irlanda está entre los primeros. Pero a pesar de que los jesuitas irlandeses han educado, y siguen educando, a muchas personas clave en diferentes profesiones, además de un número significativo de políticos y unos cuantos primeros ministros, según mi punta de vista, Irlanda sigue siendo una sociedad muy injusta, con pocas ganas —y a veces una oposición feroz— a los cambios estructurales necesarios para que sea más justa. Con algunas excepciones notables, los estudiantes de las escuelas jesuitas no están en la vanguardia de los que quieren convertir a Irlanda en una sociedad más justa y equitativa.

Quisiera reflexionar sobre el porqué de todo eso. Utilizaré la experiencia de un joven de una familia acomodada que estudiaba en una de nuestras escuelas jesuitas y que vino a uno de nuestros centros para personas sin techo buscando tener una «experiencia social» de dos semanas. Fue uno de los muchos alumnos de 15 o 16 años, algunos de familias muy privilegiadas, que pasan una semana o dos en nuestro centro para los sin techo y toxicómanos. La mayor parte de la semana la dedican a escuchar las historias de los sin techo y hablar con ellos. Con solo una semana, ya se forman amistades, se supera la etiqueta —«sin techo», «toxicómano»— y se llega a la persona real. Algunos dicen que es una experiencia que les cambia la vida.

De hecho, lo que les pasa a estos jóvenes es muy instructivo: el lunes, quieren saber qué tienen que hacer por esos jóvenes sin techo; el viernes, ya se han dado cuenta de que ellos no tienen nada para dar a estos sin techo, pero los sin techo tienen muchísimo que darles a ellos.

Permítanme que les lea ahora un trabajo escrito por este alumno, dos años después.

«Para ser sincero, el primer día tenía un poco de miedo. Por todas partes había gente con quien no estaba acostumbrado a hablar; gente con cicatrices profundas en la cara, ropa rasgada, zapatos desgastados sin suela, con sacos de dormir en los que habían pasado la noche. Parecían toscos.

Sentados allí, empezamos a charlar, y cambié. Vi cómo eran de abiertos, simpáticos y generosos. Al fin y al cabo, éramos unos pijos del South Side, invadiendo su espacio. Antes de que nos diéramos cuenta, nos habían hecho una taza de té, nos incorporaban en sus conversaciones y nos contaban historias.

Preguntamos a Mark (uno de los sin techo) por su pasado, y nos contó que entró en una banda a los 16 años, después de abandonar los estudios. Sus padres le desatendían, muchos días llegaba y encontraba su casa vacía. Poco a poco, Mark había dejado de cuidar de sí mismo y adoptó malas costumbres. Al hablar de su madre, empezó a llorar. Dijo que hacía años que no la veía, y cuando le enviaba un mensaje para desearle un feliz cumpleaños, no había respuesta. En la hora que pasamos juntos, empecé a darme cuenta de que yo era igual que él. No había ninguna diferencia en nuestros anhelos de cariño y aceptación. No había ninguna diferencia en nuestros deseos de tener éxito y progresar en la vida. No había ninguna diferencia en nuestros valores y nuestras creencias. Pero tristemente, la realidad era que solo con decir donde vivíamos, la sociedad ya nos separaba y nos colocaba en mundos completamente diferentes.

Me enojé mucho al ver que se permitía que las cosas fuesen tan mal a personas tan simpáticas, que nos habían tratado tan bien. ¿Qué sucedía? Muchos de ellos no tenían más opción que vivir en la calle, ya que sus casas no eran seguras por diferentes motivos. La vida en la calle conducía a otros problemas, como el abuso

de las drogas, el crimen y la violencia. Cuando éste era el caso, se les tildaba de ser mala gente. Pero no merecían pasar la vida así. Ellos no querían que abusaran de ellos, ni tampoco querían tener que robar para sobrevivir.

En una semana me convertí en socialista. Ya no se podía permitir a los ricos prosperar en la misma sociedad en que vivían estas personas. Habría que subirles los impuestos, darlo todo a los pobres, invertir en su educación y mirar de construir una Irlanda más justa.»

Pero lo que dijo a continuación me asombró:

«En las siguientes semanas, discutí continuamente con los profesores sobre toda esa injusticia. Finalmente, uno me dijo: "algún día te darás cuenta de que nada de esto va a pasar. Ya te sosegarás".»

Ese joven era muy franco. Su escrito concluía así:

«No me gustó nada oír esto. Pero supongo que tenía razón. Durante los años siguientes, me hice más conservador y más protector de "los míos". "Los míos" me quitaron el sueño radical que había tenido.»

Primer Paso: Experiencia

La historia de ese joven ilustra los pasos necesarios para formar personas compasivas. El primer paso es darles la oportunidad de conocer y hacer amistad con los pobres y marginados. Les podemos mostrar vídeos en clase, podemos traer a ponentes, pero sin un encuentro intensivo con los pobres, no habrá cambios duraderos. Cuanto más intensa sea la experiencia, más beneficiosa será.

Esta fue mi experiencia, cuando me fue a vivir y trabajar en el Inner City de Dublín.

En los años 1970, la gente que vivía allí habitaba en viviendas espantosas, el ochenta por ciento estaba en paro y los niños abandonaban los estudios a los doce años, como muy tarde. Mi compromiso con los sin techo empezó cuando encontré a un niño de 9 años durmiendo al raso. Lo que me horrorizó no fueron solo las condiciones en que vivía esta gente, sino el hecho de haber vivido tantos años en Dublín sin saber que había personas viviendo en tales condiciones, solo a unos pocos minutos a pie del centro de la ciudad. La experiencia de esos años me cambió por completo la vida, los valores y la actitud.

Vivimos en nuestros propios mundos, a menudo inconscientes de los mundos en que viven los que nos rodean. Una experiencia de inmersión es un requisito previo para desarrollar la consciencia de esos otros mundos y formar estudiantes comprometidos con la justicia.

El Papa Francisco, en una reunión en el Vaticano con ciento veinte superiores generales de órdenes religiosas masculinas en noviembre, reiteró la convicción de Pedro Arrupe de que el contacto real con los pobres es esencial.

«Me refiero a menudo a una carta del Padre Pedro Arrupe, que fue General de la Compañía de Jesús. Es una carta dedicada a los Centros de Investigación y Acción Social (CIAS). En ella, el Padre Arrupe hablaba de la pobreza, y decía que algún tiempo de contacto con los pobres es necesario.»

«Esto es muy importante para mí –prosiguió– la necesidad de conocer la realidad a través de la experiencia, dedicar un tiempo a caminar por la periferia para llegar a conocer de cerca la realidad y la vida– las experiencias de la gente. Si esto no pasa, corremos el peligro de ser ideólogos abstractos o fundamentalistas, lo cual no es saludable.»

La primera cuestión para la mayor parte de nuestras instituciones educativas es cómo dar a nuestros alumnos una experiencia de inserción donde puedan encontrar

y hacer amistad con gente pobre y marginalizada. Una experiencia como esa no puede ser una más entre las muchas que ofrecemos a nuestros estudiantes: tiene que ser la experiencia a la que demos mayor importancia y significado. Si un alumno no está dispuesto a participar en una experiencia como esa, tendríamos que cuestionar su admisión en nuestras instituciones.

Segundo paso: Reflexión

Pero al fin y al cabo, la experiencia es una condición necesaria para crear estudiantes compasivos, pero no es suficiente. Tienen que reflexionar sobre esta experiencia dentro del contexto de la escuela. Una reflexión estructurada, apoyada por la escuela, es esencial. Si no, su experiencia será como el agua en la arena, y la acción a la que les impulse puede ser simbólica o transitoria.

Para las escuelas, es fácil ofrecer a los alumnos experiencias de contacto. Es la reflexión estructurada la que, según mi experiencia, no se ofrece en muchas escuelas, o se ofrece insuficientemente. La reflexión sobre sus experiencias con la pobreza y exclusión tiene que incorporar reflexiones sobre las estructuras nacionales e internacionales que crean y mantienen la pobreza, la desigualdad y la exclusión. Hay que reflexionar al respecto, y cuestionar, las estructuras que mantienen a muchos alumnos y sus familias en sus rangos sociales y económicos. Esto puede provocar conflictos inmensos con algunos estudiantes o con los estudiantes y sus familias, si las familias no comparten ese compromiso de cuestionar las estructuras.

«Es difícil hacer que alguien entienda algo cuando su sueldo depende de que no lo entienda.¹»

¹ [Upton Sinclair, I, Candidate for Governor: And How I Got Licked](#) [Conviene saber si es un artículo (yo no lo he encontrado entre sus libros) y entonces poner el título entre comillas y citar el periódico o revista en que se publicó, (título en cursiva), y la fecha, o todo dato que ayude a localizarlo. O quizá sea una conferencia...]

Si el director, los profesores y los trabajadores de la escuela no comparten el mismo punto de vista, lo más probable es que vuelva a pasar lo que le pasó al alumno que he citado. Los profesores en aquella escuela eran incapaces de apoyarle en su reflexión porque tenían una mentalidad completamente diferente; de hecho, enfriaron esa reflexión.

Para facilitar una reflexión como esa en el alumno y entre los alumnos de tal manera que les permita hacer frente a las tensiones que puedan surgir, los profesores tienen que haber reflexionado ya sobre las estructuras. No dudo que los profesores de la escuela de ese alumno fueran personas compasivas. Pero no basta con ser compasivo. Para facilitar y animar a la reflexión en los alumnos, los que trabajan en la escuela tienen que compartir su pasión por la justicia y los pobres. Por lo tanto, si queremos alumnos que tengan una pasión por la justicia y los pobres, necesitamos profesores que tengan la misma pasión.

Por eso, ellos también tienen que haber vivido, o estar dispuestos a vivir, una experiencia intensa con los pobres, y tienen que estar abiertos a reflexionar sobre esa experiencia. También hay que aplicar a los profesores lo que se aplica a los alumnos. No basta con que los profesores sean competentes en su ámbito, ni tampoco con que sean buenos profesores. Para permitir a nuestros alumnos ser «hombres y mujeres para los demás», tenemos que invertir mucho tiempo y esfuerzo en que nuestros profesores lo sean.

Tercer paso: Acción

Si facilitamos que los alumnos tengan una experiencia de estar con los pobres, y si la escuela los ha apoyado para reflexionar sobre esa experiencia, tienen que pasar a la acción. Para ser efectivos, la acción tiene que venir no de un sentido de la caridad o de la compasión, sino de un sentido de justicia o solidaridad. Tienen que ir más allá de la compasión para llegar a la solidaridad.

De la compasión a la solidaridad

La compasión tiene sus limitaciones:

La primera es que damos lo que nos sobra: son nuestros recursos sobrantes, nuestro tiempo sobrante, nuestra energía sobrante lo que dedicamos a los necesitados. Damos generosamente a las buenas causas en nuestro ambiente y en el extranjero, y quizá hacemos voluntariado para los necesitados dedicando una parte de nuestro tiempo a ayudarles.

La segunda limitación es que nosotros decidimos con quien seremos compasivos. Elegimos nosotros las entidades benéficas o los pobres a los que apoyaremos, según que les consideramos más o menos dignos. Quizá nuestra compasión nos conduce a dar generosamente a los servicios para un niño que tiene que superar abusos sexuales, pero quizás, paradójicamente, estamos de acuerdo con que metan en prisión a un adolescente con un comportamiento antisocial (¡provocado por abusos sexuales en su infancia!).

Cómo escogemos a los que reciben nuestra caridad puede ser bastante arbitrario (como cuando encontramos un sin techo pidiendo en la calle), y muchas veces son los medios de comunicación los que escogen por nosotros (como cuando enseñan las víctimas de un tsunami en Asia). Somos compasivos porque su sufrimiento nos ha llegado al corazón. Por lo tanto, nuestra compasión es un sentimiento de angustia al dolor de otro ser humano y el deseo de hacer algo para aliviarlo, normalmente algo concreto e inmediato.

Pero aunque la compasión hacia los pobres puede aliviar una parte del sufrimiento de los pobres y marginados, no cambia las estructuras que crean y mantienen la pobreza en nuestras sociedades y nuestro mundo.

La solidaridad, en cambio, es una expresión *radical* de la compasión. La solidaridad no se basa en *mi* angustia al ver sufrir a los otros, sino en la realidad objetiva de *su* angustia. La solidaridad no se basa en los sentimientos transitorios de angustia por el dolor de otros, sino en un sentido de la justicia y en un reconocimiento de que todos estamos unidos en nuestra humanidad común y el dolor de los otros es responsabilidad nuestra.

La solidaridad, pues, va más allá de la compasión en dos sentidos.

Primero, ya no decidimos nosotros quien será el receptor de nuestro apoyo. La solidaridad es un apoyo para todas las víctimas, los pobres y marginalizados, nos caigan bien o no, nos den miedo o no, les consideremos merecedores o no. Es el sufrimiento de los demás lo que nos llama a ser solidarios, no nuestras elecciones.

Segundo, no escogemos nosotros nuestra respuesta al sufrimiento, lo hacen los sufridores. La solidaridad es un compromiso radical para hacer lo que haga falta para aliviar su sufrimiento, sea cual sea el precio para nosotros. Así, nuestra compasión hacia los sin techo nos puede conducir a dar generosamente a una solicitud de financiación, lo cual ayudará mucho y aliviará mucho sufrimiento, pero quizá, a la vez, nos opondremos a la construcción de un albergue para los sin techo porque no es adecuado para nuestro barrio. La solidaridad con los sin techo, en cambio, nos obligará a apoyar un proyecto porque ayuda a los sin techo, sea cual sea el precio (real o imaginario) para nosotros, o para el valor de nuestras propiedades. La solidaridad nos hace apoyar las medidas a favor de los pobres aunque sean perjudiciales para nuestros intereses.

La solidaridad es un compromiso para el bien común que contrasta con el bien de un sector, incluso del nuestro.

La Iglesia y la solidaridad

Juan Pablo II, preocupado por la pobreza e injusticia de nuestro mundo y, seguramente, pensando en su propia experiencia en Polonia, dio un nuevo ímpetu al mensaje bíblico de la solidaridad.

«La solidaridad... es una resolución firme y perseverante para dedicarse al bien común; es decir, al bien de todos y de cada individuo, porque realmente, todos somos responsables de todos.²»

Estaba convencido de que la solidaridad de los pobres y con los pobres es el camino hacia la justicia y la paz:

«La solidaridad que proponemos es el camino hacia la paz y, a la vez, el desarrollo.³»

Consideraba que esa solidaridad era una prueba del compromiso de la Iglesia:

«La Iglesia está decididamente comprometido con esta causa (la causa de la solidaridad de los pobres y con los pobres) porque considera que es su misión, su servicio, una prueba de su fidelidad a Cristo, para que pueda ser, realmente, "la Iglesia de los pobres"⁴»

El Papa Francisco reitera este mensaje:

«Una falta de solidaridad con sus necesidades (las de los pobres) afectará directamente a nuestra relación con Dios.⁵»

² *Solicitud Rei Socialis*, N°. 48

³ *Solicitud Rei Socialis*, N°. 39

⁴ *Laborem Exercens*, N°. 8

⁵ *Evangelii Gaudium* N°. 187

«Hay que vivir la solidaridad como la decisión de devolver a los pobres lo que les pertenece.⁶»

De hecho, no es exagerado decir que un compromiso de solidaridad con los pobres es una característica que define al seguidor de Jesús y, por lo tanto, es un componente central de la evangelización.

La escuela tiene, pues, que promover y animar a sus alumnos a ir más allá de la compasión, para llegar a la solidaridad, para ser agentes del cambio, expresando su solidaridad con los pobres en acciones para cambiar las estructuras que los mantienen en la pobreza y la marginalización.

La solidaridad con los pobres no puede ser un compromiso que solo se exprese en acciones futuras, una vez han dejado la escuela. Posponerla es matarla.

Tampoco se puede expresar fuera del horario escolar, como un añadido a su trabajo principal de educarse. *Hay que integrar el compromiso de solidaridad en la estructura misma de la escuela. La escuela misma tiene que ser un centro de solidaridad.*

Si la escuela está comprometida en asegurar que sus alumnos expresen su solidaridad con los pobres, quizá esto cambiará la esencia misma de la escuela, y su función dentro de la estructura educacional de la sociedad que integra. La escuela misma tiene que apoyar un compromiso con la acción, o como mínimo no contradecirlo. La escuela misma tiene que ser testimonio de la compasión y solidaridad de Cristo y la Iglesia. Tiene que ser, o convertirse en, una escuela de la solidaridad misma. No basta con decir a la gente que tenga compasión. Las mismas estructuras en que educamos tienen que reflejar la compasión y solidaridad que

⁶ *Evangelii Gaudium* N°. 189

predicamos. No podemos separar la experiencia educacional de las acciones que emprendan los estudiantes como respuesta a su experiencia y reflexión.

Idealmente, pues, teniendo en cuenta que las estructuras educacionales son variadísimas en las diferentes sociedades, nuestras escuelas tendrían que ser centros de integración social, es decir, todas las clases sociales tendrían que estar representadas en nuestras escuelas.

¿Cómo podemos poner a niños privilegiados todos juntos en un aula, darles una educación privilegiada y esperar que desarrollen solidaridad con los pobres? Teóricamente, esto no es posible, y según mi experiencia tampoco funciona, aunque haya algunas excepciones que pueden justificar nuestro trabajo hasta ahora.

Los jesuitas tienen una experiencia y unos conocimientos enormes en el ámbito de la educación. También tenemos un compromiso innegociable con la promoción de la justicia, y todos nuestros ministerios tienen que reflejarlo.

Hoy hablamos mucho de «resultados basados en la evidencia». Sometemos nuestras políticas a una evaluación basada en resultados. Con la mente abierta, tenemos que evaluar críticamente nuestros centros para ver cuáles forman realmente a estudiantes que tengan un compromiso de solidaridad con los pobres y un compromiso para cambiar las estructuras que mantienen la pobreza en nuestro mundo. También tenemos que ver por qué es así. Hay que aprender de esas evaluaciones y tener el coraje de cambiar.

Para resumir, tenemos que ofrecer a nuestros estudiantes la oportunidad de experimentar el mundo de los pobres, para que hagan una reflexión de manera sistemática sobre esa experiencia, y para que se muevan para hacer un mundo mejor. Esto puede, y a veces debería, conducir a una reflexión sobre el rol y la naturaleza de la escuela misma.



[Nº pal. sin resumen: 3.690]